

el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destrucción de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Láculo, la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbía, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas, *No lágrimas*, les dijo, *brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir*. Pero una sola ciudad, *Lutia*, fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos, y la única que sin tener en cuenta las calamidades que podía atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fué por desgracia mas loable que provechoso, porque avisado de ello Escipion oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar á todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. A la madrugada siguiente estaba ya otra vez Escipion sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensaje á Escipion. Admitió á la presencia del cónsul: «¿Has visto alguna vez, oh Escipion, le dijo Aluro, el jefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vienen á confesarse vencidos en tu presencia. ¿Qué mas honor para tí que la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, no sobreviviáramos á nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas á un capitán como tú. Hoy que la fortuna nos abandona, venimos á buscarte. Imponnos condiciones que podamos admitir con honor, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que te la piden, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazón de hombre, Escipion, y que tu nombre no se afee con una mancha de sangre.» A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipion con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discreción.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar á los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quién desahogar su rabia hicieron víctimas de su desesperación á los enviados que habían tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mujeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebida fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pié de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podían ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos heroicos espectros: muchos murieron matando: otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenían que comer; los muertos servían de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperación ahogaba la voz de la humanidad, y aun así la muerte venía con mas lentitud de la que ellos podían sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, á sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, ó se degollaban mutuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era allí sangre y horror, todo incendio y ruinas, todo agonía y lastimosa tragedia. ¿Cadáveres, fuego y cenizas, fué lo que halló Escipion en la ciudad! Y aun tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasas las pocas casas que el fuego no habia acabado de consumir.

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fué el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar á la nación mas poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su

vida que la libertad. Si España no contara tantas glorias, bastaría haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice otro erudito historiador extranjero, cayó la pequeña ciudad mas gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecia que la independencia de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel.

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el mas admirador de los romanos, y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplorable de aquellos pueblos heroicos, cuyo solo delito parece haber sido el no haberse doblegado jamás á la dominación de una república ambiciosa que pretendia dar leyes al universo.» Floro dice expresamente «que nunca los romanos hicieron guerra mas injusta que la de Numancia (1).... No me parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que Roma haya destruido á Cartago. Era un rival que se habia hecho temible, y que podia serlo todavía si se le dejaba subsistir. Pero los numantinos no estaban en el caso de hacer temer á los romanos la ruina de su imperio....»

Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas (2).

Decio Bruto habia sometido tambien á los galláticos y fuegido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el recuerdo del patriotismo no se habia extinguido todavía en España.

## CAPITULO IV

### Sertorio

DESDE 133 ANTES DE J. C. Á 73

Paz que siguió á la destrucción de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas. Su fin.—SERTORIO.—Quién era y cómo vino á España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa á Africa.—Vuelve llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas.—Mutuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cierva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad, ejército y gobierno á la romana. Unesele por aclamación el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo.—Ridículas farsas.—Apurada situación de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pegando su cabeza.—Traición y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heroica defensa de Calahorra.—Sométese la España á Pompeyo.

Destruida Numancia, quedó España por mas de veinte años en paz: no la paz de la conformidad y de la resignación, ni menos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniéndola sometida á un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma, dividiéndola en diez distritos bajo la inspección de otros tantos legados. Si bajo la opresión en que vivían los españoles se levantaban algunas bandadas armadas y recorrían el país, tratábanlas como á partidas de salteadores y bandidos, y como á tales las califican los historiadores romanos. ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarían á impulso de mas nobles fines? ¿No habian llamado tambien á Viriato

(1) *Nullius belli causa injustior*: son las expresiones de Floro.

(2) Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente ídolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copon que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un idólo de metal de un palmo de alto. Algun monumento debía estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroísmo de nuestros mayores.

un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente exterminadas. El resto de España callaba y sufría.

El único suceso de importancia que de este tiempo nos han dejado consignado las historias, es la expedición del cónsul Q. Cecilio Metelo á las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de *Baleárico*. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños que hasta entonces habian habitado en grutas campestres, fueron atraídos á la vida civil y sometidos á un gobierno regular. Palma y Pollenza se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habian quedado los españoles hubiera podido ser duradera, si los gobernadores romanos hubieran tratado con mas consideración y miramiento á los vencidos. Pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles que tampoco tenían sino amortiguados sus antiguos instintos de independencia, y la inveterada aversión á la coyunda romana, alzaronse de nuevo, siendo los primeros á renovar la lucha los fieros é indomables lusitanos (109). Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Silanos y los Dolabellas, con varias alternativas y vicisitudes, hasta que agotados primero los hombres que el valor, fué ya fácil á Licinio Craso enseñorear un país casi yermo ya de guerreros.

No se habia sometido aun la Lusitania, cuando estalló nueva insurrección en la Celtiberia (99). El senado romano tuvo el mal tacto de encomendar su represión á Tito Didio Nepote, que vino á cometer los mismos desafueros, desmanes y felonías de que habian dejado tan triste memoria los Lúculos y los Galbas. No decimos esto por la astucia con que ganó la primera batalla sin haber vencido (1); ni porque destruyera la ciudad de Termes, siempre hostil á los romanos, y obligara á sus moradores á bajar á habitar en la llanura; ni porque rindiera á Colenda (hoy Cuellar), despues de siete meses de asedio. Comenzó sus demasías vendiendo como esclavos á los valerosos habitantes de Cuellar, sin exceptuar las mujeres y los niños. Llamó despues á los moradores de las vecinas comarcas, algunos de los cuales por su extremada pobreza dicen se habian dado á robar, ofreciendo repartirles el territorio de la ciudad vencida. Acudieron aquellas gentes bajo la fe de su palabra á cultivar las tierras que á cada uno habian tocado, y cuando los tuvo á su disposición los hizo degollar á todos bárbara y alevosamente (2). Así civilizaban ellos la España! Y á los que se levantaban á vengar tamañas iniquidades los llamaban bandidos y salteadores! Esta perfidia no impidió que su ejecutor triunfase en Roma.

Ocurrió por entonces (98) un suceso que fué causa de que empezara á sonar en España el nombre del ilustre personaje con que hemos encabezado este capítulo, y que ejerció influjo grande en la condición social de la Península española. Altamente incomodados los habitantes de Castulon con los excesos y desenfrenada licencia de la guarnición romana (que su mismo jefe no podia reprimir), determinaron, de acuerdo con los gerisenos, sus vecinos, vengar la insolencia de aquella soldadesca licenciada. En una noche de invierno, cuando los soldados reposaban descansando de los excesos del día, cayeron sobre ellos los castulonenses, y ejecutaron poca mortandad y estrago. Entre los que lograron salvarse huyendo de la ciudad lo fué el jóven Q. Sertorio, que los mandaba en calidad de tribuno. Reunió Sertorio á los fugitivos, y con ellos revolvió arrojadamente sobre la ciudad, que sorprendida á su vez pagó con las vidas de muchos de sus hijos el atrevimiento de la noche. Sabedor de la complicidad de los gerisenos, dispúsose tambien á castigarlos, y disfrazán-

(1) En el primer encuentro que tuvo con los celtiberos murió mucha gente de una y otra parte, pero la victoria habia quedado indecisa. Llegó la noche, y Didio hizo retirar silenciosamente del campo los cadáveres romanos. Cuando al amanecer del día siguiente observaron los celtiberos que casi todos los muertos que yacían en el campo de batalla eran españoles, creyéronse vencidos y se le rindieron. Hasta aquí solo hay un ardid de guerra. App. de Bell. Hisp.

(2) Id. pág. 535.—Tit. Liv. Epist.—Eutrop. lib. IV.

do á sus soldados con los vestidos de los mismos habitantes de Castulon, encaminóse á la ciudad vecina, que tomándolos por sus amigos les franqueó sin dificultad sus puertas. Una vez dueño de la población, la escarmiento con todo el rigor de las leyes de la guerra. Así aquel Sertorio, á quien despues habremos de ver tan dulce, tan humano, tan amigo de los españoles, comenzó su carrera en España con dos sangrientas ejecuciones. Tan familiarizados estaban entonces los romanos con la crueldad! Y en verdad que en aquella ocasión los españoles habian dado justo motivo á su resentimiento.

Desde España fué destinado este Sertorio á cuestor de la Galia Cisalpina, donde se hizo ya notable por su valor. En aquella campaña perdió un ojo, cuya circunstancia hizo decir á Plutarco: «Sertorio.... tuerto como Aníbal, como Antígono y como Filipo, á ninguno de ellos fué inferior en claridad de entendimiento, pero lo fué á todos en fortuna, que le fué mas adversa que á sus enemigos (3).» En la famosa guerra civil que estalló en Roma entre Mario y Sila, guerra en que España se mantuvo neutral, limitándose á dar hospitalidad á los emigrados de uno y otro bando, Sertorio, ya por odio á la tiranía, ya por resentimiento hacia la facción de Sila que le habia rehusado el consulado, se declaró por el partido de Mario, sin que por eso aprobara nunca sus sanguinarios excesos. Cuando se hizo dueño de Roma, Sertorio fué comprendido en la proscripción de aquel tirano. Entonces se refugió á España, así por buscar en ella un asilo, como para suscitar aquí enemigos á Sila. Sertorio era sagaz, y conocía el secreto de ganarse el afecto de los españoles, secreto reducido á tratarlos bien y á ser generoso con ellos. Comenzó por ayudarlos á sacudir el yugo de los codiciosos pretores, y con esto se atraía á varias ciudades de la Celtiberia, que olvidando el antiguo hecho de Castulon, le reconocieron por pretor de la provincia. Dedicóse á aliviarles los tributos, acuarteló las tropas para relevar á los pueblos de la incómoda y pesada carga de los alojamientos, y con otras semejantes medidas logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardía en el suyo contra la tiranía de Sila; y habiéndosele agregado muchos romanos de los que habia en España enemigos del dictador, juntó un ejército de nueve mil hombres con que se puso en actitud de hacer frente al dominador de Italia.

Noticioso de esto Sila, despachó contra él á Cayo Annio por las Galias con grande ejército. Sertorio por su parte envió á Livio Salinator con la mayor fuerza del suyo para que le interceptase el paso de las gargantas de los Pirineos. No se atrevió Annio á disputar á los soldados de Sertorio aquellos desfiladeros. En su lugar recurrió á la traición. Annio era digno lugarteniente de Sila. Logró ganar con dádivas á uno de los que militaban en las filas enemigas, el cual asesinó traidoramente á su jefe. Con esto sus tropas se desbandaron, pasándose unas á Annio y volviéndose otras á Sertorio, que no pudiendo sostenerse en España con el pequeño ejército á que quedaba reducido, determinó pasar á Africa. Signióle Annio con una flota que sacó de Cartagena. Desde entonces se ve á Sertorio correr todos los azares de la suerte de un aventurero, ya apoderándose momentáneamente de Ibiza, ya dispersada por una borrasca su pequeña flotilla, ya meditando pasar á las Islas Afortunadas, y ya volviendo á Africa, donde ganó algunos triunfos contra las tropas que allí enviaba Sila.

En tal situación recibe un mensaje de los lusitanos, convidándole á que viniera á ayudarlos á sacudir la tiranía romana. Con gusto accedió Sertorio á una solicitud que le proporcionaba ocasión y medios para combatir al tirano. Embarcóse pues con dos mil quinientos soldados y setecientos auxiliares de Africa, y burlando la vigilancia de los que en la costa bética intentaron impedir su desembarco, consiguió incorporarse con un cuerpo de cinco mil lusitanos que le esperaba (81). Mas afortunado ahora que la vez primera en los diferentes encuentros que tuvo, hallóse al poco tiempo al proscrito de Sila dueño de una gran parte de la Bética, de la Lusitania y de la Celtiberia. Con siete mil hombres batió á cuatro generales romanos. Con estas hazañas y el amor que mostraba á los

(3) Plut. Vit. Sertor.